

Índice

Carlos Tanco	11
María Noel Riccetto	33
Óscar Washington Tabárez	43
Claudia Umpiérrez	61
Víctor Hugo Morales	81
Ana Durán	101
Luis Lacalle Pou	115
Carolina Cosse	133
Azucena Arbeleche	143
Daniel Martínez	161
Julio María Sanguinetti	173
Richard Read	191
Diego Forlán	211
El Gran Gustaf	233
Luciano Supervielle	253
Malena Muyala	271
Lourdes Ferro	287
Gabriel Rolón	310

Recuerdo bien la primera vez que escuché el programa que hoy engendra este libro. Fue algunos años atrás, mientras manejaba un auto por la Ruta 1 hacia Carmelo. Iba solo, pero con esa soledad poblada que siempre ha sido la radio.

Aquella tarde, mientras escuchaba, pensé en lo infrecuente de esos espacios entregados enteramente al ejercicio de conversar. No solo en los programas de radio, sino sobre todo, y especialmente, en nuestras propias cotidianidades. En cómo hemos ido sustituyendo ese ejercicio —que presupone un espacio hacia otra persona a cambio del beneficio que ofrece una mirada ajena— por un desenfreno en opiniones y juicios no solicitados que volcamos en cada espacio que lo permita.

Hay, en estos ejercicios de conversación radial, un juego de otredades reflejadas, a veces opuestas, a veces concéntricas, como en una casa de espejos. En ellas, nosotros los oyentes, testigos mudos de lo que va sucediendo en los estudios, asistimos a la posibilidad de un otro, un otro casi siempre familiar, constituido de las vagas ideas o prejuicios que pudiésemos tener de su vida pública. Ese otro que, paciente y lentamente, como suelen desplegarse algunas verdades naturales, se va dibujando ante sus interlocutores con relieves, texturas y matices. Un otro siendo, a su vez, testigo de su propio tejido, hilado en las palabras de otras mujeres y otros hombres invitados a la ceremonia de hablar sobre la trama de sus vidas.

Asistir hoy a una conversación, propia o ajena, pareciera un privilegio exótico. Hemos ido apartándonos de esa costumbre, derivando hacia contextos cada vez más consagrados al ritual de una exposición individual y cerrada, donde todo sale y nada entra.

Si fuese cierto que las palabras se las lleva el viento, y si fuese también cierto que toda realidad está finalmente condenada a un olvido, al menos este ejemplar de tinta y papel prolongará su compañía en el camino. Tal vez dé testimonio físico de un tiempo y un lugar en que Horacio, Leo y Federico se dejaron atravesar por una vieja tradición del confín de los tiempos, cuando esa radio que encarnan hoy en su estado más natural aún no se asomaba por antiguos círculos de mujeres y hombres contándose a sí mismos, al calor de un fuego o de algo caliente para beber, buscando y encontrando en lo ajeno el reflejo de un desvelo compartido, el obsequio de lo nuevo.

No sé si sus responsables saben siquiera que hacen lo que hacen, pero en cualquier caso poco importa, tampoco lo saben las rosas o los ríos. Y ahí están, siendo, ostentando la curiosa virtud de lo que no necesita explicarse a sí mismo.

El hábito ganó al tiempo, y con él un protocolo íntimo de hacer coincidir —en cada sábado hacia el litoral— la ruta con la escucha, si es que acaso no sean la misma cosa. Y así seguí acudiendo, con religiosidad, a esa cita fantasmal que propone oír el aire. Pero hoy me toca atestiguar esta otra huella, la de tinta en blanco, la del susurro silencioso de la voz con que otros nos hablan en los libros para, finalmente, conocernos mejor a nosotros mismos.

Y doy fe de ello. Con profunda gratitud de lector.

Salvador BANCHERO

Carlos Tanco



Entrevista realizada el 16 de diciembre de 2017

Nació el 4 de agosto de 1979 en Montevideo. Es hijo de Carlos y Mabel. Su compañera de vida es Cecilia. Es papá de Matilde. Es comunicador, escritor y humorista. Tuvo diversos pasajes en prensa, televisión y carnaval. Su personaje Darwin Desbocatti se convirtió en uno de los fenómenos de audiencia de la radio uruguaya, un álter ego con el que comparte sus días.

El básquetbol, matriz de la familia

Carlos Daniel Tanco Hopenhaym tiene un fuerte vínculo familiar con el deporte de la pelota naranja, es una pasión que se transmite generación tras generación. Su abuelo está en el salón de la fama de la Federación Internacional de Básquetbol, fue juez y dirigente, integró la Comisión de Reglas cuando la FIBA «empezó a caminar hacia las reglas de la NBA», un momento simbólico. Su tío abuelo fue jugador y presidente del club Tabaré durante mucho tiempo. Su padre fue jugador amateur. La presencia de esa matriz familiar es indiscutible.

Su padre, Carlos Alberto Tanco López, abogado y escribano, tuvo una fuerte incursión en la economía y dedicó parte de su carrera al ámbito empresarial. Su hijo lo considera un tipo «tremendamente inquieto desde lo económico y con una especial devoción por las ciencias duras».

* * *

Con el tiempo, entendiste que debiste escuchar a tu viejo cuando intentó inculcarte curiosidad por la física y las matemáticas.

Es un poquito más abstracto y más difícil de llegar. Tenés que atravesar un par de capas para poder disfrutar de una ecuación matemática. De grande te das cuenta de que es tremendamente disfrutable. En realidad, la vida tiene muchísimo que ver con eso y un poco menos con lo que uno creía. La química, la física y las matemáticas están tremendamente presentes.

* * *

Su madre, Mabel Hopenhaym, concentró sus estudios en la economía. Con el tiempo también se vinculó a la terapia gestáltica. La destaca como emprendedora. En sus padres ve dos personas con «una fuerza de voluntad increíble y tremendamente fuertes». Por eso se pregunta por qué, de ese dúo, «salió una babosa».

Problemas con la autoridad

Como estudiante le fue muy bien porque tenía bastante facilidad; eso es algo que Tanco define como un rasgo perverso del sistema educativo.

Te hace creer que sos crack con muy poco. Te genera una confusión. Así me fui transformando en un estúpido que se creía mucho más de lo que era. A los 17, 18 años me di cuenta de que no era tan así. El punto es que me resultaba fácil, entonces me aburría. Tuve problemas de conducta desde muy chiquito, siempre de manera muy tonta, muy idiota. Era muy idiota de chiquito. Ahora soy idiota redondo, sin el

«muy». Porque ahora tengo la autoconciencia de que soy un idiota. Antes era un idiota porque ni siquiera me daba cuenta de que era un idiota.

De pequeño tenía fobia a cortarse el pelo. Ese problema lo solucionó con un amigo que es peluquero. Se siente cómodo. El colmo es que de niño tenía el pelo muy largo y la gente lo confundía con una niña con asiduidad. Y él se enojaba.

¿La dejabas pasar o contestabas?

Dependiendo de la característica de la confusión. Pero en lugar de solucionarlo pragmáticamente, insistía: «voy a dejarme el pelo largo y voy a tenerlo más largo todavía, y voy a seguir sufriendo». No tenía sentido. Era tortuoso. Además, una parte de mi familia materna me torturaba, me hacían *bullying* fuerte con el pelo largo. En realidad se solucionaba fácil, era todo un tormento autogenerado. A los 13 años, cuando me creció la nariz, se me deformó la cara, una cosa más masculina, disminuyó la confusión.

Era un chico competitivo. En los juegos de mesa no lo dejaban ganar. Tenía un pequeño inconveniente: jugaba mal. En esa reflexión volvió a la matriz. Practicó basket desde muy chico y se destacó.

Sin embargo, un día te saturaste, ¿no?

A los 13 o 14 años me generó rechazo. Quería pelear contra todos. Llevaba diez años en el básquetbol. Tenía una batalla contra todo lo que tenía impuesto, en una típica actitud adolescente. Sentía que eso venía endosado a mí. Como el inglés. En un momento pasó a ser como ir a inglés. Me molestaba ir a inglés, me molestaba ir al básquetbol.

Empecé a desapegarme afectivamente. No hay chance, el básquetbol es tremendamente sabio y te castiga. Lo abandonás afectivamente y el básquetbol te castiga. Te revuelca por el piso. Me revolcó por el piso durante tres o cuatro años.

Estudiaste en la escuela Simón Bolívar y fuiste abanderado...

Seleccionaban a diez, por notas. Diez personas. Diez alumnos para que entre los compañeros de quinto de escuela eligieran en qué orden iban a estar los abanderados y escoltas. Por notas tendría que haber llegado a la bandera de Artigas, era el segundo, pero solo porque tenía algún problema en conducta.

En la votación me vi sorprendido en mi buena fe: esperaba tener una gran votación y me di cuenta de que la impopularidad a la que había llegado era increíble. Saqué un solo voto, que no fue mío, porque con una actitud demagógica no me voté. Una actitud estúpidamente demagógica de niño que piensa demasiado. Dije: «yo no me voy a votar a mí mismo», porque eso sería un acto ególatra.

¿Te hubieses votado?

Por supuesto. Tenés que votar.

Salí último. El décimo puesto. Son las tres banderas con los dos escoltas. Ahí son nueve. El décimo puesto era el abanderado de Venezuela. Quedé con la bandera de Venezuela. Fue genial, solo tuve tres actos. El acto de fin de año de quinto, en el que nos entregaban la bandera; el acto del natalicio de Simón Bolívar, y el acto de fin de año de sexto. Solo participé de tres actos y con una bandera. Era un excesivo premio para mi impopularidad. Estaba mal repartido el tema.

Llegó a hacer llorar a alguna maestra. Aunque no se atribuye tal responsabilidad, dice que es solo un cuento de su madre.

Vi que la burla o el descrédito hacia la autoridad me generaban ventajas, me daban porotos, me generaba cierto cariño de la multitud. Increíblemente es lo que hago hoy. Tengo como una pulsión, de la cual no me enorgullezco, de ir contra la voz dominante. Es una necesidad que tengo. De chocar, de ir al choque y cuestionar la voz dominante. En la escuela la voz dominante es la maestra. Era un niño bastante molesto.

Lo único que recuerdo de mi etapa escolar, como reproche, es que las maestras me decían que tenía una actitud soberbia. Yo no la reconocía en mí, no la veía. Debía ser un niño detestable, no tengo muchas dudas. Lo increíble es que me comportaba muy diferente en los ámbitos en los que estaba. O sea, en los diferentes contextos. En el club de básquetbol nunca tuve problemas con la autoridad. En mi casa tampoco tenía problemas de autoridad. En la escuela sí.

A Carlos Tanco nunca le interesó saber por qué iba contra la autoridad. Al buscar respuestas recordó su paso por el psicólogo. En ese momento tomó su «primera decisión adulta», que fue abandonar el psicólogo. Nunca más volvió.

Tu trayectoria estudiantil tiene otros episodios: en el liceo 12 casi te echan.

Eso es lo que le dijo una profesora a mi padre. A mí me parecía sospechoso que hicieran que mi padre fuera a buscar el carné. No me fui a ninguna materia. Lo que sucedió fue que estaba en una etapa en la que era más inconsciente. Tomándoles el pelo a los profesores ganaba vidas, evitaba que me cagaran a piñas. En el liceo era una herramienta de supervivencia. Ahí ganaba vidas. Pensaba que por ese

camino podía llegar a ganarme el cariño de alguna muchacha. No sucedía, a las adolescentes les gustan los *dealers* y los repetidores, lo cual me resulta bastante lógico porque hay una necesidad de exploración. Estaba muy lejos de ser un macho alfa.

Era aceptado por los populares. Era el gracioso. Yo era una rata que no pesaba 45 kilos. Eso me generaba cierta impunidad en el mundillo de los que andaban bien y manejaban la pelota. Siempre fui un extra en ese grupo. Conseguí que casi no me caguen a piñas. Muchísimo para un adolescente. La parte de conquistar chiquilinas no funcionó.

Me pusieron la conducta observada, como delincuente juvenil. Fue muy ridículo, porque hasta ese año el 12 era un liceo súper tranquilo. Tres años después de que me pusieron el sello de desastre universal se pauperizó mal. Rompieron todos los vidrios, prendieron fuego un salón. Se puso pesado. Nosotros hacíamos bobadas. Pero todavía no se habían enfrentado a los verdaderos problemas. Pensaban que un bobito como yo era un problema. Y no era un problema. Era muy menor. Nunca hice nada. No quemamos un banco, no prendimos fuego la cortina, no rompimos vidrios. Eran cosas tontas.

Me hacía echar por los profesores. Era una cocarda hacerse echar por los profesores. Un profesor me echaba cuando pasaba la lista y para mí era lo máximo. «Suárez, Tanco... afuera». Y seguía. Para mí era formidable. Salía con el pecho inflado. Sos un idiota cuando tenés 15 años. Sos un idiota hormonal. Sos un inimputable porque tus hormonas están destruyendo tu cerebro.

Casi me echaron y mi madre se angustió mucho. Siempre la angustia de tu madre te golpea un poco más que las puteadas de tu padre. Me llegó a putear desde el 12 hasta San José de Carrasco, donde vivía mi madre. Toda esa etapa de tercero

a cuarto de liceo vi la angustia de mi madre. De alguna manera me llamé al orden. Un par de veces me asusté. Tuve un par de interrogatorios. Así como «mirá que estás para salir». Con toda esa presión me asusté, no podía generar mis recursos para buscar el afecto de la clase, cada tanto hacía dos o tres boludeces, pero no funcionó.

En el Jesús María conoció a uno de sus amigos, Miguel Ángel Dobrich:

A Carlos lo conocí en cuarto de liceo, creo que por compartir el sentido del humor. Desde ahí se edificó nuestra amistad. En quinto éramos compañeros de banco. En sexto también. Compartimos facultad. Hemos trabajado en un montón de proyectos juntos. Lo que nos sigue uniendo es que disfrutamos de charlar porque nos permitimos reírnos de nosotros y pensar con libertad plena.

Empezamos a pasar tiempo juntos en el viaje de fin de año del liceo. Teníamos como una especie de conexión lúdica, bastante inmediata y simbiótica. Nos divierte charlar de estupideces sin tomarnos en serio. En realidad, tomándonos muy en serio las charlas, pero desde un lugar lúdico. Realmente sin tomarnos en serio a nosotros mismos, es casi una filosofía de vida. Es casi lo único que me impongo para mantenerme sano: cierto espíritu lúdico permanente.

¿Es una defensa?

Es una defensa. Una defensa de mí mismo. Cuando uno empieza a poner demasiado peso a sus cosas, a sus palabras, a sus conductas y acciones, y anda revolotéandose... es como andar revoloteando sobre uno mismo permanentemente. Se torna un poco peligroso porque envicia el aire y en realidad

uno ya está sesgado. El director de la película de uno es uno. Ya le está rodando una película en la cabeza. Me parece que lo que hay que tratar de hacer es alivianar y sacar esa presión lo máximo posible.

Muchas veces ni yo lo consigo. Me ahogo en mis propias miserias que miden treinta centímetros. Mis dramas son mínimos. Son un charquito comparado con la cantidad de dramas que tiene la vida de cualquier persona. Tengo una vida extremadamente sencilla y agraciada. Con mucha fortuna. El objetivo es siempre sacarles un poco de presión a las cosas. Sacarles el peso de la solemnidad y el dramatismo. Siempre fue mi función dentro de mi familia. En mi familia hay sentido del humor, pero también hay una parte melodramática. Siempre fue una de las cosas que me incomodaron y por eso traté de sacarles presión. Es lo que trato de hacer cotidianamente. Si uno rasca hay drama en todos lados. Mi actitud frente a eso es buscarle un costado lúdico. A veces me transforma en un idiota. Muchas veces me salva de situaciones más tóxicas.

La inteligencia precoz

Maximiliano Pérez es uno de los vínculos que mantiene de su etapa en la murga Agarrate Catalina. Lo conoció en el 2004 y se encandiló con su inteligencia:

Para mí sos lo más grande del mundo. Tengo poquitos amigos y vos sos uno de ellos. Voy a contar una ganada, porque los dos somos competitivos. Me llevo siempre en mi corazón las noches enteras que pasamos con un juego de tenis en que no me ganaste un set en tu vida. Eso lo llevo conmigo.

La charla se detuvo en los tipos de inteligencia.

¿Cuál es el tuyo?

Creo que soy precoz. Si bien no entiendo cómo funcionan los sistemas, entiendo rápido cómo funcionan algunos oficios o algunas fórmulas. Entiendo las fórmulas bastante rápido. La primera etapa la hago muy rápido. Después, cuando tenés que pulir, empiezo a reprocharme mis capacidades. La primera etapa de aprendizaje es la más fácil, porque estás entusiasmado, estás fascinado. Estás incorporando cosas. Ese primer tramo lo hago rapidísimo. Después me cuesta mucho seguir puliendo. Martillando la roca hasta que queda medianamente trabajada. Me falta la parte de constancia obsesiva. Hay un momento en que se me desinfla.

Y me pasa una cosa rara. Soy medio lento para trabajar y soy bastante rápido para el truco de «ah, mirá esto, ya lo domino». En realidad, no lo domino. Soy bueno generando la sensación de que lo domino. Soy rápido en las discusiones. Eso es cosa de familia. Mi padre es un discutidor empedernido. Es de los Tanco. Es espantoso.

Los Tanco son vascos. Tercos. Según Carlos, el secreto es que «muchas veces te ganan por cansancio». En su familia se entrena el músculo de la discusión y su madre les dio mucha voz a los niños. Ese músculo lo tiene entrenado desde chiquito. Cree que, a veces, ataca demasiado.

Sos un fisicoculturista de la discusión.

Que no sirve para nada. Estamos hablando de algo que es todo inútil. Me declaro bastante diestro en ese sentido. Idóneo. Aunque he ido perdiendo velocidad de manera bochornosa. Me cuesta cada vez más encontrar las palabras y elijo las que

no van. Ese tipo de cosas no me pasaban. Cuando fui padre, mi cerebro se convirtió en un gran colador. Mi capacidad de concentración disminuyó más. Todo demora mucho tiempo en arrancar. El deterioro me asusta, ¡me horroriza!

¿Puede ser que te afecte más de lo que se percibe?

Siempre. Vos sos el director de tu propia película. Estás todo el tiempo contigo y tenés conocimiento. Una autopercepción bastante más fina de lo que pueda suceder desde afuera. Siempre sos un extra en la película de los demás. En la tuya estás todo el tiempo contigo mismo. Estás bastante sensible a ese deterioro.

El deterioro es la gran tortura que tiene la vida. Te va sacando. Cuando vos entendiste más o menos tus propiedades, empiezan a disminuir. Llega un punto en que todo es un retroceso. Por eso suelo ser un idiota respecto de las cosas que pasan en la vida, porque al final del día todos tenemos la tortura asegurada. La vida nos va a revolcar sí o sí, de muchísimas formas. La más inevitable es la del deterioro. Es espeluznante.

«Llevo con orgullo mi pertenencia a la Catalina»

Carlos Tanco sabe que el virus del carnaval se lo contagió su madre. Ella lo llevaba al tablado, un espacio en el que entendió y aprendió sobre el humor.

Le debo mucho a muchas fórmulas humorísticas del carnaval. Tabaré Cardozo me enseñó una cantidad de cosas respecto del humor. El humor, si bien uno está haciendo chistes para uno mismo, en gran medida tiene que llevarlo a un lenguaje que sea permeable para la mayor cantidad de gente

posible. Siempre hay una intención de masividad en todo lo que planteás, o por lo menos de llevarlo al punto máximo de masividad. Me sirvió desde todo punto de vista y es un lugar donde abrevé formas humorísticas. Saqué una cantidad de cosas no me gustaban tanto, trucos y fórmulas.

Para mí el carnaval, las murgas, son una expresión especialmente joven. Creo que después, cuando te vas poniendo más viejo, es un poco más difícil. Requiere de energía, es tremendamente demandante, con una cantidad de rutinas que no son las más sanas. Yo terminaba carnaval con siete kilos menos, fumando cinco veces más. Cada uno tiene sus problemas y sus expectativas.

A su vez, después salís a competir ferozmente en un sistema que, por su organización y su forma, destruye los productos. No tiene cómo salvarse un producto como una murga, que tiene ciento veinte actuaciones en un mes. La gente la ve doscientas veces. El producto se va desgastando, empeorando. Es una frustración.

En la murga La Eterna Madrugada conoció a Tabaré y Yamandú Cardozo. Dos figuras importantes en su vinculación con el carnaval y con Agarrate Catalina. Yamandú envió algunas palabras:

Lo conozco desde el año 99, cuando preparábamos lo que fue La Eterna Madrugada, esa maravilla que nos permitió llegar a la Catalina. Carlos tiene mucho que ver con la murga desde que empezó a escribir con nosotros en 2005. Estuvo hasta 2010, gestó una cantidad de cosas que tienen que ver con la identidad del colectivo artístico que es la Catalina. Lo admiro muchísimo.

Llevo con orgullo mi pertenencia a la Catalina, que siempre fue igual. Muchísimo más grande de lo que yo pude aportar

con mi presencia en la murga. Mi pasaje quizás sirvió en algunos puntos, como catalizador de algunas cosas, pero es una expresión de ese monstruo de tres cabezas que son Tabaré, Yamandú y Martín. Ellos dos son lo más parecido a hermanos siameses que conocí en mi vida. Están separados físicamente de una manera ilusoria. Tienen una simbiosis que a mí me resulta admirable. Tuvieron mucha generosidad. Me permitieron jugar satelitalmente. Ser una cabeza más dentro de ese monstruo.

Siente que fue «una parte complementaria» de la Catalina. Él aportaba «un costado humorístico mucho más violento y menos salesiano». Cree que los Cardozo tienen una capacidad poética que él no tiene. Y siente que aprendió de la experiencia. Aprendió que el esfuerzo tiene recompensa.

La voz de un joven que dio vida al viejo

Tuvo una juventud exitosa, aunque admite que encontró «resultados rápidos». Así resume sus comienzos en la radio.

Era bastante precoz. Empecé a los veinte años. Empecé de cero, como cualquiera, en una radio que no escuchaba nadie. Era la Sarandí Satelital, que había pasado a ser la 91.9 FM. Me llamaron Karen Jawetz y Nicole Mitnik para ocupar un espacio de cinco minutos. Así empecé a hacer el personaje. En realidad funcionó de una manera artesanal y rápida. Empezó a devolver muy rápido. He tenido bastante fortuna. Hay mucho de azar y un montón de conocimiento previo acumulado. Yo escuchaba mucha radio, muchísima.

Su tía Laura tenía la radio permanentemente prendida. Eran fanáticos de programas perdidos en el dial.

Me recuerdo a los 6, 7 años levantándome a las seis de la mañana para escuchar la Vuelta Ciclista en Turismo. Me duermo escuchando la radio desde que tengo 11 años.

Su hermana, Valeria Tanco, fue la única persona que pudo transmitirle «inquietudes e intereses» desde la infancia hasta la juventud. Tal es así, que hasta los 23 años se alimentaba de todo lo que ella le «iba tirando». Y claro, ella tuvo una gran cuota de responsabilidad en su primera experiencia en los medios.

En 1997 tuve un programa en televisión abierta llamado *En órbita*, con un socio. Fue la primera experiencia laboral de Carlos. Por supuesto, no le pagué. Era mi hermano menor. La clásica pasantía. Así se empieza en comunicación, ¡caramba!

No solo fue mi primera experiencia, completamente apoyado en la confianza desmedida que Valeria tenía en mí, sino que me presentó a Fernando Schmidt. Una de las personas que más me ayudó sin estar en contacto directo. Tuve un pequeño contacto con él, pero me ayudó a entender. Explicaba con mucha generosidad cómo funcionaba ese oficio de guionista. Y que podías vivir de eso.

Fernando era un tipo que empezaba a vender guiones a Chile, a Buenos Aires, a Gasalla. Fue el primero que marcó un modelo de rol, de alguien que podía vivir de ese oficio humorístico. Después lo conocí. Él me conoció de muy chiquito. Y la generosidad de Schmidt es inconmensurable. Me parece que acá fue el primero que marcó el camino para transformar la labor del guionista en un oficio serio y responsable.

Me acuerdo de escucharlo en *13 a 0*. Trataba de escuchar cada entrevista a Fernando. Lo admiraba muchísimo. Empezaba a ver que se podía trabajar como guionista. Se puede hacer con ciertas normas, ética de trabajo y responsabilidad. Aprendí mucho consumiendo sus productos. Cuando estuvo en carnaval, un período bastante corto, hizo cosas increíbles, como escribir para cinco conjuntos al mismo tiempo. Los cinco estaban buenísimos. La última vez que me gustaron los parodistas fue cuando él escribió *El nombre de la rosa*, una maravilla de parodia. Extremadamente graciosa. Los *sketchs* de Gasalla también. Es un referente que siempre me olvido de nombrar. No sé por qué. Supongo que eso pasa con las personas que son muy generosas. Uno se olvida. Es una especie de karma que tiene la persona generosa.

Esa primera experiencia laboral que me dio mi hermana me llenó de confianza y me permitió conocer a Fernando Schmidt. Todo ganancia. De hecho, yo le escribí a la murga La Eterna Madrugada porque mi hermana me metió. Era la pareja del director.

Valeria también lo puso en contacto con Karen Jawetz y Nicole Mitnik. Ella «armó todo» y abrió el camino.

Le debés varias a tu hermana.

No me echaron del liceo porque Valeria había pasado por ahí. Fue evitando choques y roces violentos que yo podría haber tenido. Y también le abrió la cancha a mi sobrina. Es lo máximo. Una maravilla. No le he devuelto demasiado de todo lo que me dio. Supongo que ella lo habrá hecho con gusto. No es que hay que andar devolviendo peso por peso lo que le dieron a uno. No se trata de eso.

Karen Jawetz nos cuenta de esos orígenes en radio:

En aquella época me ofrecieron la mañana de Sarandí y la 91.9 FM. Estábamos armando un programa llamado *Las cosas en su sitio*. Llamé a Carlos Tanco para saber si quería hacer un personaje dentro de ese programa. No tenía nada que ver con lo que él había traído en su piloto *El golpe*, pero me parecía que el perfil daba perfectamente. Se pusieron de espaldas, Nacho Álvarez y él, y simularon una conversación telefónica. Lo recuerdo como un momento increíble de esta carrera de comunicación. Hubo una magia increíble. Cuando terminó todo, le pregunté: «¿cómo querés llamarte?». Y él, con timidez y hasta sin mirarme, me dice: «¿te gusta Darwin Desbocatti?». Él se hubiera descubierto solo porque es un genio absoluto y de las personas más inteligentes que conozco.

Era joven y muy rápido de mente en esa época. Ese día llegué tarde a la prueba que íbamos a hacer. Me había emborrachado la noche anterior. No preparé nada. Y agarré una noticia cualquiera. La fui preparando en el taxi durante 15 minutos. Al llegar hice eso y funcionó. Era joven y mis tejidos se recuperaban rápido. Me imagino que estaría destilando alcohol. Ese fue el inicio.

De todas maneras, se fue armando durante las salidas al aire, como cualquier cosa de radio. Todos los que hemos trabajado en radio sabemos que las cosas van tomando forma con las ejecuciones. Uno puede preparar muchísimo y reunirse doscientas veces, pensar... pero la ejecución genera las apoyaturas, los lugares donde vos enfatizás y terminás armando sobre la marcha. Es un ejercicio diario, cotidiano y de repetición.

De hecho, cuando empecé ni siquiera impostaba la voz. Igual, mi impostación de la voz es muy barata. Es de un histrionismo barato. Soy pésimo actuando. La voz de un día no se parece a la del otro. La voz de un año no se parece a la del otro. Anda más o menos en un tono. Empecé a hacer el personaje con veinte años. El recurso del viejo surgió porque, si iba a comentar noticias, no podía tener veinte años. Se pierde todo, el juego no tiene gracia. Rápidamente lo descalificás. «¿El pendejo este de qué habla?». Tenía que transformarlo en un viejo. Cuando era joven pensaba en términos temporales: «esto lo voy a hacer hasta los veinticinco años». Hace veinte que hago lo mismo.

Entre 2003 y 2007 hizo una pausa con el personaje. En esa época pasó de Sarandí a Océano FM, con el inicio del programa Justicia infinita.

¿Hay Darwin para rato?

Hasta que no se seque el pozo hay que seguir sacándole. Eso es algo que te da la vejez. Tus ambiciones se reducen notoriamente. Querés quedarte en el lugar que conseguiste abrir con los codos. No te saca nadie. De acá no me mueve nadie. Que vengan, ¡que me saquen los bomberos!

De todas maneras, ha ido mutando el personaje. Cada vez menos personaje. Lo que quiero decir es que... está muy mal hecho el personaje. Un personaje requiere y necesita una lógica. Necesita no salirse de los márgenes de esa lógica. Yo desfiguré el personaje, al punto de presentar canciones de Pearl Jam. Es imposible.

La «ilógica» del personaje es parte, según Carlos Tanco, de lo que lo hace más duradero. Para él «es una masa amorfa».

Va mutando sus formas, sus pensamientos y muletillas a partir de lo que voy incorporando a la vida. De lo que me van haciendo los años. Eso permite una mutación permanente. Lo hace poco previsible. Si tenés un personaje estructurado, se agota.

Carlos Tanco no considera que Darwin Desbocatti sea un analista político. Lo identifica como «un rompebolas» que utiliza ciertos golpes, imágenes o descripciones que pueden encajar en la realidad política.

En todos los aspectos de la comunicación el punto es la narrativa. Generar una narración que sea lo suficientemente atractiva. Ni siquiera tiene que ser verdad. Ni siquiera tiene que estar acertada. Puede valer por el atractivo, por la seducción que tenga la línea narrativa. En última instancia, lo que estamos haciendo es consumir los hechos para ordenarlos en una narración interna. Cuando hay un planteo o una narración que es plausible, que es posible de llevar adelante y es posible ejecutar, genera un impacto.

Me parece que ahí tengo una ventaja, porque puedo armar cualquier narración. El personaje consume y ejecuta a los personajes políticos como personajes. Consumo a los políticos como si fueran personajes de una serie. A partir de ahí puedo decir muchas cosas. Establecer y cruzar líneas narrativas que un analista no puede. Genera un impacto y una sorpresa en las personas que están todo el día consumiendo información y escuchan hablar de ellos. Yo disparo y hago lecturas de los hechos terriblemente caprichosas. Me permito licencias que el resto no. Ahí tengo una gran ventaja.

Además, no los conozco. Esa es otra gran ventaja. No los tengo que ver nunca. Si los conociera y viviera en contacto permanente, sería más difícil.

Joel Rosenberg cuenta cómo es el trabajo con Carlos:

Nuestro matrimonio tiene la ventaja de que no se ve nunca. Es una recomendación para cualquier matrimonio. Nos vemos tres o cuatro veces por año. Muy poca gente sabe que Carlos es socio y director de *No toquen nada*, de una velocidad enorme en todo sentido. En el sentido profesional y comercial. De una generosidad enorme. Es un punto que nos mantuvo juntos. Es muy fácil estar con alguien generoso.

Mi generosidad está basada en la negligencia. Joel tiene que hacer todo en *No toquen nada*. Yo no hago nada. Dejo que él maneje los números, que lo hace mejor que yo. Es una persona responsable y ordenada. Eso lo mejora notoriamente como ser humano. Yo tengo todas las características opuestas.

Darwin Desbocatti representa uno de los grandes fenómenos radiales. Muy pocos imaginan cómo cobró Carlos Tanco sus primeros pasos con el personaje.

Karen me pagó seis meses con discos. Con discos que iba a canjear. Dos discos por mes. En realidad, a veces había y a veces no. Me tuvo seis meses así. Un primer semestre completamente subyugado. A mí todavía me gustaban los cd, que ahora no se pueden escuchar en ningún lado... Y hay cd que son preciosos, la velocidad de la tecnología es increíble, es una maravilla. Que sigan tirando porquerías y nosotros nos divertimos. Si hay que chocar, chocamos. Soy de la hipótesis de que sigan apretando el acelerador, y si nos tenemos que hacer mierda, nos hacemos mierda. Pero que sea divertido.

Trabajar con un ídolo

Es probable que sus ídolos estén todos en el básquetbol, y tuvo el privilegio de trabajar con uno de esos ídolos: Horacio Tato López. Y él nos cuenta:

Me ofrecen muchos trabajos que no acepto. Cuando Carlos me invitó a hacer un programa de la NBA no dudé. Es muy divertido. Tiene un desparpajo bárbaro, pero detrás hay una gran rigurosidad periodística, capacidad profesional y conocimiento de la disciplina del básquetbol. Disfruté mucho de trabajar con Carlos. Aprendí mucho. Y confirmé que es el mejor periodista especializado en básquetbol de Uruguay.

Lo del básquetbol es una obsesión. Lo del Tato me lo voy a llevar como un recuerdo inmejorable. Compartir horas de básquetbol me enseñó muchísimo.

Carlitos y la familia

Su público preferido son sus hermanas, sus tías y su madre. Carlos sabe que si falla puede volver a ese público. Un «público benevolente». A su padre le destaca su capacidad de acomodar las piezas. A su vieja la distingue como un manantial de afecto, «una sobredosis impresionante de emotividad».

A su mamá la conmueve su forma de vivir la paternidad. Cecilia, su esposa, afirmó que «la llegada de Matilde fue una gran alegría». En Charlemos de vos lo describió como «un gran papá, cariñosísimo».

Carlos

Las entrevistas de *Abran cancha* son tan nutritivas para el oyente como perjudiciales para el entrevistado; la proporción radial aurea. Es un verdadero ejercicio de canibalismo simpático. Mientras transcurre el diálogo, los responsables del espacio inyectan potentes dosis de pentotal sódico afectivo-auditivo en el entrevistado por medio de testimonios de seres queridos que funcionan como apariciones del presente y pasado (son impúdicos con el truco de recordar pasajes de juventud y lozanía de la víctima), y así van despedazando sus defensas, hasta dejarlo grogui. El objetivo es quebrar al incauto invitado, es evidente, y lo consiguen bastante a menudo. No sé si este libro viene con un cd (¿un cd!? Igual no habría dónde ponerlo) que recopile los llantos y las voces quebradas de los entrevistados u objetos de estudio; en caso de que no, sería un gran agregado para la segunda edición.

El trío Abadie-Sanguinetti-Reboledo obra de manera oblicua: no tiene intención de hacer un daño, pero lo consigue. Es un ejercicio de tortura psíquica-emocional llevado adelante por gente adorable (pero que en algún recodo de su cerebro esconde un sádico, o varios), lo cual empeora las cosas; uno ni siquiera se puede enojar con ellos por esa batería de estímulos arteros en busca de la emoción inducida. No recuerdo nada de lo que dije en ese recinto ni quiero recordarlo; tampoco me hago cargo de mis palabras, así como no reconozco ninguno de mis sentimientos y jamás les daré ni mi nombre ni una pensión ni nada. Mi solidaridad con el resto de las víctimas que aparecen en este libro.



María Noel Riccetto



Entrevista emitida el 23 de abril de 2017

Nació el 27 de marzo de 1980 en Montevideo. Es hija de Hugo y María Luisa. Desde muy pequeña se metió en el mundo de la danza y allí encontró su lugar. El ballet resume su vida; por su trayectoria se transformó en una de las grandes figuras de nuestro país. En su carrera fue solista del American Ballet, primera bailarina nacional del Sodre y ganadora del Benois de la Danse, un premio reservado para las mejores.

«No perdí nada que me hiciera ser diferente»

María Noel comenzó sus estudios en el colegio Jesús María. En esa etapa sus padres buscaron opciones extracurriculares para ella.

Podría haber sido la natación, pero había una academia cerca de casa, que era de una exsolista del cuerpo de baile del Sodre: Patricia Martínez. A mi madre siempre le encantó por ser una actividad súper femenina, y siempre decía lo mismo: «te enseñan a sentarte derechita». Por eso fue el ballet.

Yo no fui la típica niña que bailaba en su casa y que por ende la metieron a hacer ballet. Nunca pedí. He conocido muchas historias de bailarines que de niños pedían para bailar. Yo no recuerdo haber pedido. Ese deseo tiene que ir acompañado de condiciones físicas: piernas largas, empeine, abertura, flexibilidad.

Su primera profesora, Graciela Rodríguez, entendió que la niña tenía el nivel para ir a la Escuela Nacional de Danza. Le recomendó a su madre que la presentara. Esto no sucedió hasta el segundo año, porque en un principio la pequeña no quería dejar a sus amiguitas. María Luisa logró convencerla y confió en la docente.

Durante prácticamente ocho años de mi vida estuve en la Escuela Nacional de Danza. Nos iban a buscar al colegio, almorzaba en el auto y nos traían al Centro para llegar a la primera clase. Fueron ocho años de Escuela de Danza, ochos años almorzando en el auto.

De veintisiete que ingresaron solo tres terminaron recibiendo en una carrera que tiene una duración de ocho años. Es como estudiar Medicina.

Pero cuando vos estudiás Medicina lo decidís a los 17 años, y acá empezás a los ocho; esto no significa que tengas que saber que esto es lo que querés hacer de por vida, pero sí tiene que haber un interés y un compromiso súper fuerte.

Hay pruebas cada tres meses; si te va mal no pasás el año, o te eliminan, es una combinación de todo: de lo físico, del interés, del compromiso...

María Noel Riccetto finalizó la primera etapa de estudios en la adolescencia. Es generación 97. Creció en la Escuela Nacional de Danza. Tenía una rutina diaria muy exigente por el baile y sus estudios. A los 15 años fue contratada por el Sodre. Esto generó conflictos en el manejo de los horarios, porque vivía lejos y complicaba la logística.

Dijiste que tu padre «tiene el cielo ganado» por las horas de espera que te dedicó...

En tercero de liceo me dieron una beca para irme a Estados Unidos. Y en ese momento, cuando a mí me dan la beca, en

mi casa dicen: «tiene que empezar a estudiar inglés sumamente rápido», porque no tenía nada de conocimiento; eso implica que ya no me den las horas del día para hacer todo y en mi casa era un hecho que me iba.

Dejé el liceo para estudiar inglés. Empecé a llorar todas las noches. A los 14 años dije que no, un mes antes de irme. Eso frenó mi primera oportunidad de estudio en el exterior. Tengo el recuerdo de llorar y de decir «no me quiero ir, no me quiero ir». Y en determinado momento mi padre dice: «no te vas, porque para irte y enfermarte, no te vas». En ese momento cambia todo y en mi casa me dicen: «vas a tener que dar los exámenes libres».

Entonces empecé, tercero lo doy libre. Al siguiente año entro en el ballet del Sodre, eso también implica que mis horarios cambian y me cambio de colegio para el Centro. Hago dos horas de liceo en los Vascos, salía a las diez de la mañana para entrar diez y media al Sodre, me iba corriendo a la Nelly Goitiño, ahí estaba hasta las dos de la tarde más o menos y salía corriendo a la Escuela de Danza otra vez, porque tenía que seguir con mis estudios, pero mi horario de la escuela todavía no había terminado. Cuarto de liceo también lo doy libre.

La danza no le permitió cumplir el deseo «que todo papá y mamá tiene» y no terminó el liceo.

En tu casa «sabían» que tenías algo especial.

Todo el mundo hablaba de lo mismo. Ellos, que no entendían nada, se basaban muchísimo en opiniones profesionales en el medio.

En 1997-1998 fue reconocida como revelación del año por el crítico uruguayo Washington Roldán. También recibió el premio

Elena Smirnova de la mano de Enrique Honorio Destaville, cronista argentino de ballet.

A los 15 años dejó de ser un *hobby* y pensé: «puedo llegar a vivir de esto», entonces le dediqué el tiempo que se necesita. Y tomar esa decisión implica dejar de lado muchas cosas de chicos de 15 años, como salir los fines de semana, los cumpleaños de quince, la primera ida al boliche, que salgas del colegio y te vayas a estudiar con tus amigos. Yo esas cosas no las tuve. Siento que no perdí nada que me hiciera ser diferente. Me sentía como una adolescente común y corriente. Lo único que yo elegía era hacerme el moño, ponerme las zapatillas e irme a bailar en vez de hacer otra cosa.

Odiaba ir de moco al liceo. Lo tuve que hacer en muchas oportunidades porque después tenía función o una prueba. Con el tiempo dejó de importarme y hoy considero que es parte de mi vida.

La audición que desarmó todos los planes

A los 17 años obtuvo una beca completa para estudiar en la North Carolina School of Arts de Estados Unidos. Su objetivo era pasar un año en el país norteamericano, aprender y volver.

En mi cabeza tenía clarísimo que iba a ser solo un año y volvía. Lo pasé maravilloso a nivel profesional, porque estaba trabajando con pila de maestros nuevos, eran dinámicas diferentes, la escuela era maravillosa, unos salones increíbles. Nunca había visto nada de eso. Era como me lo imaginaba o lo había visto en alguna película.

Cuando se me presentó la posibilidad de audicionar para diferentes compañías decidí hacerlo para compañías grandes. Y si no, me volvía. En mi cabeza era: «si voy a una compañía grande a audicionar, ni ahí que entro». Era eso.

Tenía claro que iba a volver, era seguro. Y fui, audicioné para el American Ballet y me ofrecieron un contrato. Entonces se me desarmaron todos los planes.

¿Qué es el American Ballet?

Es la compañía referente, en la que todo bailarín quiere estar. Del American Ballet salieron primerísimos bailarines. Lo que llegaba acá eran videos de producciones americanas. Hay un video sumamente famoso de Don Quijote, en donde bailaba Barýshnikov, que es algo que siempre querés ver.

Rusia siempre fue algo totalmente inalcanzable por una cuestión logística. Es un país que tiene su propia escuela, su propia técnica, su propio lenguaje y queda totalmente lejos. Pero Estados Unidos es mucho más tangible.

¿Cuántas audicionaron contigo?

El American Ballet es una de las pocas compañías que no tiene audiciones abiertas. Tenés que tener un contacto ahí dentro o comunicarte con el secretario del director, o un asistente. Vas sola y tomás clase con el resto de la compañía. Ellos te ven interactuar y te ven con el resto de las integrantes del lugar. Yo fui dos veces.

La primera vez me habían arreglado la audición los maestros de la Escuela de Carolina del Norte. Cuando llego a Nueva York tenía solamente un día para tomar esa clase, después me iba a Washington y tomaba otra clase, y así estaba. No fue nadie a verme, agarré mis cosas y me fui.

A los días me llaman y me dicen: «pensamos que te ibas a quedar más días, mil disculpas, ¿qué posibilidades hay de que vuelvas?».

Me fui con tres amigas a Nueva York, tenía 18 años. Unos 18 distintos a los 18 de ahora. Más inocentes.

María Noel valora su talento natural y entiende que tuvo una oportunidad a la que no todos acceden.

Ese fin de semana me fui con mis amigas y tomamos la clase. En el momento en que me agarró de la barra para mí es suficiente. Estar en el American Ballet, compartir con tremendos bailarines...

Termina la clase y a mis dos amigas les dicen «muchísimas gracias». A mí me dicen: «nos gustaría hablar contigo». La persona que quiere hablar conmigo es el asistente del director. Me hace pasar a la oficina y me habla de dos posibilidades al ofrecirme un contrato. Podía empezar enseguida o esperar a ser parte del cuerpo de baile. La primera sensación fue «no puedo creer lo que está pasando». Muy sueltita de cuerpo les dije que esperaba a empezar con el cuerpo de baile. Yo quería terminar el año en Carolina del Norte. Estaba trabajando con una exbailarina de Balanchine, un gran coreógrafo que hizo su carrera en Estados Unidos, una eminencia. Quería bailar ese ballet, quería terminar. Recuerdo que me pidieron los datos, volví a Carolina del Norte, volví de vacaciones a Uruguay y un día me llega un sobre FedEx... era el contrato. Tenía fecha para empezar.

Tres años después recibe un contrato de solista del American Ballet. En poco tiempo alcanzó una categoría muy importante. Son reconocimientos y logros de los que se siente orgullosa porque los alcanzó sin pedir «nada a nadie».

Mi carrera me ha quitado cosas en el sentido de que no tuve una adolescencia común y corriente. Cuando se enfermó mi madre no pude estar cerca. Me apartó de situaciones, pero también fue increíble todo lo que me ha dado. Me ha dado el reconocimiento de la gente, la posibilidad de volver a mi país a mostrar lo que hice tanto tiempo fuera. ¿Cuántos bailarines

han pasado por el Sodre? A gente que hizo mucho por el ballet uruguayo nunca se la reconoció. A mí me llega un montón el saludo, el reconocimiento, que me paren en la calle... soy una bailarina de ballet.

Su experiencia le permitió entender que «la vida útil de un bailarín» depende de muchas cosas, de la mente y el cuerpo.

En cuanto a lo físico, sufriste una sola lesión en toda tu trayectoria.

Tuve una tendinitis muy grave en el tendón de Aquiles. No dejé de bailar, pero sí tuve que bailar con muchísimo dolor. Nunca me había pasado. Para la mujer también está toda la parte de la maternidad, tenga un hijo antes, durante o después. Creo que va mucho en lo que sientas y quieras.

El mayor sacrificio fue estar lejos cuando su mamá enfermó. Es una «mochila de culpas muy grande». En un instante de reflexión dijo que «el resultado hubiera sido el mismo y de repente no hubiera estado tranquila». Su mamá priorizó la carrera de su hija y nunca le quiso generar un peso con su estado de salud. La muerte de María Luisa quedó marcada en su vida con el recuerdo de charlas telefónicas interminables.

«Una idea de cambio»

No tiene dudas ni reparos en afirmar que Julio Bocca fue un gran referente en su carrera. Fue la primera persona que la devolvió —como bailarina— a su país.

Me trajo a Uruguay a bailar de nuevo. Él estaba bailando con su ballet argentino y me invitó a bailar en Punta del Este. Nunca me había invitado nadie de acá. Fue Julio quien me

vio. Siempre fue una persona que respeté mucho al ver qué tan querido era. El público lo adora.

El gran cambio que surgió en el ballet del Sodre, y en Uruguay, en gran parte es mérito de él, de su gestión, de su equipo, de que le hayan dado luz verde para hacer lo correcto.

Y para mí... En un momento él necesitaba de una primera figura. Yo estaba en un momento de mi vida en que quería empezar a prestar atención a mi parte personal, con una idea de cambio. Creo que durante muchísimo tiempo, y sobre todo cuando estuve en Estados Unidos, mi prioridad siempre fue mi carrera. Quería estar más estable. Justo pasó lo de mi madre. Mi hermana estaba embarazada e iba a tener familia... Ese año se dio todo.

Antes de recibir el Benois de la Danse valoró la nominación.

Estar ternada con bailarinas que admiro mucho es gigante. Siempre tuve la idea de que ese premio se daba a bailarines muy grosos, que los nominados eran tremendas estrellas.

María Noel

La oportunidad de charlar como en mi casa fue lo que me dejó esta entrevista, charlar de mí desde el lugar de María Noel mujer, con una voz; no solo remontarme a momentos específicos de mi carrera. Yo soy más que una bailarina.

Les agradezco el respeto, la cordialidad y la posibilidad de dejar que me conozcan sin estar debajo de un foco de luz.

Ojalá nos encontremos otra vez.



Luis Lacalle Pou



Entrevista realizada el 2 de setiembre de 2017

Una vez juró jamás dedicarse a la abogacía o a la política. Pocos años después, ya recibido de abogado, recorría Canelones catorce horas cada día para hacerse conocer. Y el primero de marzo de 2020 juró la Presidencia del 42.º período de gobierno constitucional en Uruguay.

Luis Alberto Lacalle Pou nació el 11 de agosto de 1973 en Montevideo. A los pocos días de asumir la primera magistratura, su gobierno tuvo que decretar la emergencia sanitaria por la pandemia de coronavirus. Un obstáculo y un desafío a superar en el comienzo de lo que soñó desde que tenía 24 años. Comparte su vida con Lorena Ponce de León, tienen tres hijos, Luis Alberto, Violeta y Manuel.

Cuatro nombres y una infancia

Lacalle Pou tiene cuatro nombres, y cada uno de ellos tiene su explicación.

Los primeros dos, Luis Alberto, por Luis Alberto de Herrera; Aparicio, por Aparicio Saravia, y el cuarto, por mi abuelo materno, se llamaba Alejandro. Era ginecólogo y asistía a los partos de mamá. ¿Por qué me tiraron a mí toda la batería? Capaz que pensaron que tendrían un solo hijo. Mi hermano, Juan José, en realidad se llama Juan José Leandro, por Leandro Gómez.

A la generación que viene lo que le ahorré es un nombre. Mi hijo mayor se llama Luis Alberto Aparicio, ahí corté. Manuel tiene doble sentido, por Manuel Oribe, y porque yo

tuve un hermanito que se murió a los ocho días de nacer, nunca lo conocimos y siempre me quedó eso. Es un tributo a un hermano que no conocí.

Siguiendo con los nombres, cuando hice el examen para entrar al colegio estaba el gobierno de Aparicio Méndez, en plena dictadura, y me vi en la obligación de explicarle a una gringa que me llamaba Luis Alberto Aparicio, pero no por el Aparicio de ahora sino por el Aparicio de antes. Imaginate la mujer: «este chiquilín con cinco años ya está totalmente politizado».

El barrio y el deporte marcaron tu infancia...

Fue una vida única. Lamentablemente tiraron abajo la casa, pero los olores, los ruidos, la bajada en skate por Pereira de la Luz casi hasta la rambla, la canchita de fútbol en la plaza Armenia... Íbamos a andar en skate, se hacían campeonatos, pusimos una rampa en el parque Fermín Ferreira, donde ahora está el shopping, después íbamos a Benito Blanco y Pagola, donde hay una palmera, a saltar también. Hice mucho tiempo BMX y me daba buenas piñas, también me pegué unos palos en las rampas que había en la Aduana de Oribe.

Aparte nadaba en el Banco República. Competí, no me federé, nadé campeonatos nacionales en piscinas abiertas. Lo hacía todo. Jugaba al baby fútbol. Si te digo básquetbol, ahí sí decís «sos un mentiroso, porque en este metro setenta y dos bien estirado...».

Surgió la dificultad para crecer, se sometió a diferentes estudios y, finalmente, con apoyo de buenos especialistas, pudo llegar al metro setenta y dos, pero le costó.

Siempre alterné el uno-dos de la fila en el colegio, nunca metí un tres. Era la época en que te ponían por orden de altura. Alternamos con el Chino Echeverry y no sé si con Ale

Kamil, le tendría que preguntar. Y por el tema de la altura tuve una adolescencia bastante compleja; con un metro cuarenta y siete a los 15 años había que tener mucho coraje para arrancar para las fiestas de 15 y eso.

Pero volviendo al deporte, toda mi vida hice, jugué al tenis también. El deporte en que desarrollé más la formación fue el rugby. El que más me gusta es el surf. Y es el que sigo haciendo. Es el único deporte que practico.

Gabriel Grecco, uno de sus entrenadores en el baby fútbol, te define dentro de la cancha:

Era un chico que se movía mucho en el juego, en los lugares libres dentro de la cancha, le gustaba andar con la pelota. Muy moñero. Tenía virtudes, siempre estaba bien posicionado para convertir un gol. Siempre fue alegre y compañero con todos.

Grecco tiene algo de razón, capaz que sí. Vamos a darle un poquito para adelante, capaz que me ubicaba bien en la cancha. Gabriel Grecco marcó una época en nuestra vida, así como Óscar Ortega en el baby fútbol [hoy preparador físico del Atlético de Madrid]. Fuimos las primeras categorías que arrancamos a jugar en las ligas. Nos comíamos unas palizas... creo que nunca perdimos por menos de cinco a cero. La Rinconada, que era la única cancha con luz, estaba al lado de la central eléctrica, Terremoto, América...

Haílton Corrêa de Arruda es responsable de un apodo que lo acompaña de niño.

Me decían el *Manga*, por el arquero, aunque nunca jugué de arquero. Fue un episodio puntual: un día estaba jugando al fútbol en el colegio con chicos dos generaciones arriba de la mía. Estaba mi primo, Gonzalo Pou, y no sé por qué calcé

ahí. Obviamente el más chico va al arco. Se cobró un penal y surgió la clásica: vamos a cambiar el arquero. No se puede cambiar el arquero. Y quedé yo ahí. Se ve que la pelota me habrá pegado en la cabeza o algo, y lo atajé. Francisco Saavedra, nunca me voy a olvidar, me dijo «Manga pa'quí» y «Manga, Manga». Hace treinta y nueve años que arrastro el sobrenombre. Cuando alguien me grita *Manga* sé que ese me conoce de hace mucho tiempo.

Juan José te acompañaba en la pasión por la pelota.

Mi hermano Juan era el receptor de toda mi rebeldía negativa. Es un ser divino. Debe ser de las personas más buenas que conozco. Muy compañero en aquella época de fútbol. Nuestra vida era pegarle a la pelota, almorzar, pegarle a la pelota, dormir, levantarnos, esperar al Tano Abadie a veces después de los mediodías del domingo para seguir jugando. Jugábamos a «vacunar», era un juego que habíamos inventado, consistía en centros y cabezazos. Por suerte yo tenía jardín ahí en casa. Pasábamos el día entero jugando al fútbol.

El mundo con la tabla de surf

En el mundo hice surf en todos lados. Mis momentos más felices los recuerdo con mi hermano, con algunos amigos, con Franky, en La Barra de Maldonado, en la desembocadura, en La Martínez, que es como le decimos a una punta de piedra, y ahora, desde que veraneo hace unos años cerca de La Paloma, en La Serena. Ahora voy al agua con mis hijos, cosa que me gusta mucho. Mi mujer también se mete al agua. Y he podido ir a Sumatra, al Índico, a México, Hawái, California, Nicaragua, Panamá, El Salvador, Costa Rica, Brasil...

Es mi pasión. Pasa el tiempo y sigo entrenando para poder meterme al agua.

Años de rebeldía

¿Qué te dejó la infancia, con tu padre en la actividad política? ¿Qué te llevó a decir por momentos que no tenías pensado hacer política?

Yo creo que jugó mi ubicación familiar, ¿no? Hijo del medio, siempre fui muy... no sé si «complicado» es la palabra, capaz que no sea esa. Rebelde, pero más bien por la negativa. Fue una etapa medio compleja en mi vida. La separación de la familia, de la autoridad familiar, te hace rechazar sus actividades. Fijate que hay una declaración famosa por ahí, de cuando tenía 16 años... Dije que no iba a ser nunca ni abogado ni político. Pero en el 98 me recibí de abogado y en el 2000 asumí como diputado.

No les adjudico a mis padres la responsabilidad de mi lejanía, sería muy fácil echarle la culpa a otro. Si tengo que extraer algo positivo de esa época es que me permitió estar parado en la periferia cuando uno de los integrantes de mi familia era el presidente de la República [1990-1995], la persona con más poder en el país. Estaba adentro, pero en la periferia, y eso me permitía una visión mucho más objetiva. Te dabas cuenta de quiénes eran los amigos y quiénes los alcahuetes; los alcahuetes son los primeros en llegar cuando el sol está calentando y también los primeros en irse, aquellos que viven de la cercanía con el poder. También te dabas cuenta de las cosas lindas, de las otras, y eso lo agradezco.

Disfruté mucho. Quizás esto no sea lo más pedagógico para los adolescentes, pero tuve una vida bastante en solitario respecto de la familia, me soltaron las riendas de más, o yo solté las riendas de más, y mi desempeño educativo no fue de lo mejor. Salí mucho, hice mucha barra de amigos.

Vivíamos en la residencia de Suárez y me tiraba en skate por 19 de Abril. Iba al gimnasio Flex y ahí me hice una barra muy linda. Pasaba el día en el Flex.

En materia estudiantil nunca me fue mal; la primera vez que me llevé una materia fue en cuarto de liceo, y después en sexto tuve un pequeño traspié por faltas.

Creo que me anoté en Facultad de Derecho en diciembre del 92. Perdí un solo examen, pero nunca descollé o me destaqué, fui un estudiante normal. En febrero del 98 rendí mi último examen, oral de Derecho Financiero, estaba más nervioso que testigo falso, primer y último 9 de la carrera.

Venía militando en política desde el año 96, básicamente en Canelones, a raíz de un amigo, Tomás, que estudiaba con nosotros. No estaba en primera fila, pero ya tenía una militancia activa, y después seguí de largo hasta el 2000.

La política en el ADN

Esto es más para psicólogo, pero analizando un poco lo que yo sentía, lo que era, creo que siempre fui. Es como que siempre fui. Hace un tiempo mi padre se mudó, y entre los papeles encontró una redacción mía, era sobre justicia y sobre pobreza. Tenía 12 o 13 años, y ya ahí hablaba de eso, obviamente que de manera muy básica... Te diría que la política me permitió no cambiar mi forma de ser en el sentido de rebelarme contra las cosas, simplemente hubo que cambiar el chip, poner uno positivo y proactivo.

Pero la decisión fue el 17 de marzo de 1997 a la una de la mañana, tomando un vino de caja Santa Teresa y comiendo una paleta de oveja en Florida con un amigo mío que se llama Rodrigo.

Rodrigo Ferrés, actual prosecretario de Presidencia, era ese amigo, y relató:

Recuerdo el año 1997 como un año muy especial, no solo porque terminamos la carrera, sino porque solíamos ir a estudiar a la estancia Santa Margarita en Cerro Colorado, a preparar los exámenes. Y ahí hay una fecha clave para mí, que recuerdo con mucho cariño, el 17 de marzo. Fue una noche en la cual estábamos comiendo un asado, estábamos charlando sobre la vida del partido, sobre la vida del país que íbamos a hacer nosotros después de recibirnos, y después de mucho charlar yo me di cuenta de que él se iba a dedicar a la actividad política. Es una fecha a la que le tenemos mucho afecto, creo que ahí culmina un proceso interno de decisión sobre lo que iba a hacer de su vida profesionalmente y abre un proceso externo de fuerte actividad política que comienza en el año 1998 con la fundación de la lista 400 y con la coordinación política del departamento de Canelones.

Increíble, porque estamos hablando de un mundo en que los celulares no sacaban fotos y hay una foto de ese día. Está el fuego prendido al fondo, yo tengo una remera gris y se ve una parra. Es ese día. En el campo había un reloj viejo, esos que ya no andan, pero era muy completo, tenía la fecha, el mes y la hora. Entonces fuimos de noche, lo descolgamos y le pusimos la fecha. Una vez en la bodega Juanicó les dije que la decisión más importante en mi vida la tomé con un vino de ellos. Habrán pensado que era una edición limitada, pero fue con un Santa Teresa.

Tuve una oportunidad, no es lo más común. Yo me recibí, tenía una Volkswagen Saveiro gasolera, así que le escupías

adentro del tanque y andaba varios kilómetros. Fumaba, fumaba bastante en aquella época, después dejé de fumar. Pero fumaba como dos cajas por día de cigarrillos y tenía yerba. Y me dedicaba trece, catorce horas a recorrer el departamento de Canelones. Me di cuenta de que me estaba yendo bien, que tenía cierta adhesión. En un congreso en Atlántida juntamos 1500 firmas para ser candidato a diputado, pero no se me aceptaron. Tuve que hacer lo mismo después de las elecciones internas en Las Piedras con los comisionados nacionales y departamentales electos, ahí llegó la candidatura.

Mis primeros cinco años en Canelones fueron extenuantes. Recorría veintiocho localidades una vez por mes. Capaz que le erro un poquito. Treinta localidades cada dos meses, creo que eran diecisiete o dieciocho puntos rurales una vez cada tres meses. Eso durante cinco años. O sea, traté de hacer mucha presencia, mucha política artesanal, mucho mano a mano. Y es la que trato de hacer ahora. Obviamente con un poco más de dificultad, es todo el país y tengo otras ocupaciones. Yo disfruto mucho de ir a Canelones. Y digo, «ahí vive Fulano, el hijo de Mengano», están militando los hijos conmigo, incluso algún nieto. Esto te da la pauta de que hace casi veinte años que estamos en el ruedo.

¿Cometiste errores en ese tiempo?

Tengo un cajón con errores, obviamente. En mi primera etapa hay uno importante, un error de método. Porque no había una estrategia. Si no tenés una estrategia, no tenés un despliegue táctico lógico, por lo tanto no podés tener un método. Una vez me dijeron «movimiento no hace acción». Es un trabalenguas. Y es cierto. La acción implica un plan anterior. En términos futbolísticos, hacer mucho vestuario. Mucho pizarrón. Y por eso había jornadas larguísimas en que terminaba muerto de cansado y el resultado no era superlativo.

Y después lo impulsivo, pero lo impulsivo se va yendo con el tiempo. Tampoco podés mutar y convertirte en un ser inerte que no reacciona contra nada. Pero hay que controlar los impulsos, porque si uno pretende gobernar un país y no puede controlar sus impulsos, ¿cómo les va a pedir a los demás?

La presidencia en la mira

Hay una máxima del dirigente político: salir electo y salir reelecto. Porque vos electo capaz que salís de chiripa, pero reelecto ya hay un juicio. En 2005, cuando soy reelecto, empiezo a pensar en la presidencia.

Hay un juicio de la gente, vos serviste para algo, o no serviste para nada. Y aunque nuestro sector pierde en la interna del 2004, aumentamos un 70% los votos de la interna. A partir del 2005 planifico. En 2011 ser presidente de la Cámara de Diputados me dio otra visibilidad; compañeros iguales, diputados, empiezan a adherir al grupo y para 2012 eran más de doce diputados que estaban en nuestro sector. En abril de 2012 empiezo a notar que se abre un camino que yo no estaba necesariamente buscando. Lo tenía planificado para 2019, pero estábamos creciendo; en la competencia no declarada del sector veníamos en aumento. Y cuando quedás en la punta de una fila... ya ahí tenés obligaciones, no podés decir «que pase el segundo», estás en la punta de la fila. Y nosotros estábamos trabajando para estar en la punta de la fila, pero sin haber tomado la decisión de hacernos cargo.

Los primeros que me dijeron que no fueron mis viejos. Los primeros. Pero mucha gente me dijo que no. Mucha gente. Yo iba al interior, no iba a decir «voy a ser candidato a presidente», pero volvía con la gente diciendo «tenés que dar el paso». Iba a un barrio en Montevideo y volvía para atrás con eso, fueron meses muy complejos.

El peso de la familia

Arrancamos con el 4% del partido y el día de la interna sacamos el 54,5%. El partido creció de elección a elección. Obviamente no ganamos. Estoy tranquilo con las decisiones que fuimos tomando.

Yo me decido formalmente en diciembre de 2012. Me levanto un día y le digo a mi mujer: «voy». Mi mujer, que aguanta camiones, tiene cierto grado de riesgo y de inconciencia —que yo también tengo— cuando siente que el corazón le dice algo. Ahí Loli me dice: «vamo' arriba». Después de ella se enteran mis padres, después se entera Luis Alberto Heber y después se entera Jorge Larrañaga. Ese fue el orden en que comuniqué las cosas.

A los políticos no les gustó. A la gran mayoría no le gustó porque eran competidores, pero era una decisión tomada. Lo más difícil fue decirles a mis hijos. Porque no hay discurso para un hijo. Les decís las cosas. No tienen filtro y vos tampoco tenés filtro, es una relación afectiva muy fuerte.

No me voy a olvidar más. Estaba como asustado. Aparte ¿cómo les hacés entender el desafío? ¿Cómo les hacés entender que te querés encargar del país porque es el país de todos nosotros? Es el de ellos, pero no lo van a entender así. Entonces mirá la reacción inmediata. En la cocina hay una barra, que es donde comen, yo estaba al lado de la cocina, estábamos de mañana temprano haciendo el desayuno con mi mujer y le digo que les quiero contar algo, se ve que Violeta había pispeado algo: «va a ser candidato a presidente», dijo. «Pará», le digo.

En 2012 tenían 8 años, 8 o 9 años, y la reacción de mi hijo Luis fue implacable; mira para arriba y no me mira a mí. Dice: «o sea que te vamos a ver cada vez menos». «Sí, es así». No ameritaba la más mínima discusión.

La verdad, me quedé sin palabras. Les di un abrazo, les di un beso, no sé si entendieron. Yo creo que estaba mucho más emocionado que ellos. Ellos simplemente interpretaron el silogismo: te vamos a ver menos.

En la campaña uno trataba de evitarles sentir el estrés que estás pasando, que las encuestas y que eso. Y después, increíblemente, un día me entero de que mi hijo Luis tenía un cuaderno sobre política donde anotaba cosas, cuántos senadores hay, cuántos ministros... si estaría metido que tenía un cuaderno de política.

La importancia del equipo familiar

Una familia es un equipo. Si estás realmente conectado, si realmente los vínculos son sanos en la familia, es imposible que si uno está mal el resto de la familia no esté mal. Y si uno de la familia está metido en un proyecto, es imposible que el resto, en su perfil, con su edad, no esté metido en el proyecto. Si lo negás es peor. Hasta por ósmosis. Y me encantan las cosas que dicen, porque lo dicen a corazón abierto y sin ningún tipo de restricción ni filtro. Eso lo tenés que cuidar. Yo lo que quiero es un mejor país para ellos. Si ellos se dan cuenta de lo que estoy haciendo, tengo la tranquilidad de saber que estoy haciendo las cosas bien.

La primera salida con Lorena no generó los mejores recuerdos. Ella relató:

Para contarles un poco esa primera salida, nos aburrimos bastante. Las cosas, cuando no tienen que ser, no tienen que ser en ese momento. No era el momento. A los cinco años de esa salida, salimos de vuelta. Nos encontramos en un asado y nos fuimos

a bailar a Azabache esa misma noche. Ya al otro día fuimos a un casamiento que Luis tenía y me invitó. Y te diría que después de ahí no pudo dejar de llamarme y yo tampoco pude dejar de salir con él. Así que fue todo fácil, como dándose.

Hice todo lo que un hombre no tiene que hacer para conquistar a una mujer [se ríe]. Le hablé todo el tiempo de mi exnovia, me parece. Yo estaba en una etapa, de adolescencia a juventud, bastante compleja con la noche. Términos bastante intensos. Experimentaba mucho con algunas cosas. Ella estaba lo más lejos posible de ese tipo de experimentos y además tenía un hermano complicado con ese tema...

Pasaron años y una prima mía, Milagros, íntima amiga de ella, me invitó a un asado para festejar que yo me había recibido. Eran todas parejas menos Loli y yo. Ella estaba divina, para mí hizo todo por gusto. Yo entré al asado por la cocina y había una rubia, yo soy daltónico, con una cosa de rojo, un vaquero, unas sandalias, y yo la jorobo con que se dio vuelta, tipo reclame de shampoo: «hola», me dijo. Cuando me dijo hola, ya está.

Yo estaba escuchando Jane's Addiction, es un grupo medio fuerte, y me peleó toda la noche porque yo ponía canciones de esa banda. Pensé, «por algo me está toreando». Y terminando la noche le digo «vamos a bailar». Era miércoles, fuimos a Azabache. Era la época en que se podía fumar adentro de los boliches, y Azabache...

Miércoles de salsa... derivó en casamiento.

Yo soy medio tronco. Esa noche bailé como loco. Al otro día tuve un casamiento, después me fui de viaje un mes y cuando volví tuve otro casamiento. Después ya salimos, hasta que un día, una noche, dije: «me quiero casar contigo», y al otro día de mañana tuve que firmar al dorso. Llamé y le dije:

«mirá que lo de anoche es lo que quiero, estoy plenamente consciente de que quiero eso». Al año y medio estábamos casados.

La fertilización asistida fue un tema importante en sus vidas.

Una de las cosas más lindas que me pasaron en la vida política fue ayudar a dar y crear vida. Es muy difícil aproximarse al tema de la fertilización asistida si no lo vivís de cerca. Yo tengo mi caso, resultaba imposible obtener un embarazo por medios naturales, fue el caso de los mellizos. El otro día estuve con Marisa, le digo que es la madre de mis hijos, que es la ginecóloga. Y tuve la suerte de que en el segundo *in vitro* nacieran Violeta y Luis, tengo entendido que es el primer caso en el país de mellizos de embriones congelados. Y después, un día, se nos coló Manuel. Me acuerdo de cuando Marisa estaba yendo a la cesárea, que dice: «guambia que acá en este ovario hay seis hijos más».

Mis mellizos tenían menos de nueve meses ¡y un día me llama Loli y me dice que está embarazada! Le digo «imposible». Estaba en una reunión con veinte personas, dicen que quedé pálido. Todo lo que había costado. Un varón y una nena. Estábamos con 350 pañales por mes, los mellizos habían nacido prematuros. Y se nos coló Manuel; tal es así que en su vida eso lo marcó, porque él se coló. Teníamos en un brazo cada mellizo. Y el loco... no teníamos otro brazo para él. Y nació haciéndose su lugar. Y su actitud vital es así.

Pero vuelvo al tema. Entonces, empecé a estudiar un poco. Porque ¿qué me pasaba? Vos ibas a los consultorios y te encontrabas con muchas parejas, hombres y mujeres mirando para abajo, sobre todo los hombres. Y que no hablaban del tema, es un tema que te lo guardás, es como que no estás pudiendo cumplir con tu función vital de hombre.

Yo siempre fui de exorcizar mis temas, porque cuando me los guardé me hizo mal. Guardé durante muchos años mis cosas de chico, y un día «no, hay que hablar». Y la forma de hablar los temas es primero aceptarlos, segundo comunicarlos, y eso te da seguridad con el mundo externo. Si vos te lo metés para adentro te da inseguridad, entonces me sirvió mucho. Empecé a hablar y empecé a investigar. Casi una de cada cinco parejas en Uruguay tiene un proceso de esterilidad, el 17%. Y va en aumento porque, no estoy hablando como científico, la gran mayoría de las parejas estériles lo son por un tema psicológico, no fisiológico; no es que tengan obstrucción en el aparato reproductivo. Yo hice un *in vitro* y al tiempo nace naturalmente.

Y mirá lo que pasa... si será psicológico. Un caso. Esta chica que te voy a contar ahora se llama Cecilia, tengo una foto de ella en mi despacho, no somos amigos, no nos conocemos históricamente, pero tenemos una historia en común corta pero muy intensa. Ella quería ser madre y no podía. Yo era presidente de la cámara y un día vino y me dijo: «la ley no sale, no se mueve, ¿qué puedo hacer?». «Mirá, la verdad yo mucho más no puedo [el proyecto de ley presentado por Lacalle Pou fue finalmente aprobado en noviembre de 2013]. Juntá firmas». Se lo tomó en serio, salió a juntar firmas, empezó a venir a mi despacho, a pegar pasacalles, y un día llega al despacho, emocionada. Estaba embarazada. O sea, se olvidó de su problema, se lo dedicó a los demás, dedicó el esfuerzo para que saliera una ley para los demás y quedó embarazada. Y ahora no para de quedar embarazada. No sé si Cecilia tiene tres o va por el cuarto. Y tengo una foto preciosa que me trajo el otro día... Cuando uno tiene ese problema y se junta con otro que lo comparte hay una intensidad química y de sensibilidades en común, impresionante.

Oligarca puto

Yo creo que hay esferas íntimas que nadie puede pasar; la violencia no empieza por la violencia física, la violencia empieza de muchas formas, a veces en actitudes, muchas veces en el verbo, en la palabra, en el insulto. Para mí eso fue violencia, él acusó a Lacalle de ser un asesino premeditado. Eso fue lo que dijo en su discurso. Y yo le dije que era un mentiroso, a lo que él me respondió «oligarca puto», «imberbe», y no sé qué otras cosas, y yo me paré a pelear. Después, bueno, lo que declararé al otro día. Fue una noche horrible, no fui ejemplo ni sentía orgullo de la actitud, no es un momento que uno quiere vivir. Ojalá que nunca más lo tenga que vivir. Con Domínguez yo tenía buena relación.

Luego volví a hablar con él. A los pocos días, desesperado, me dice: «vení, salí, salí, tengo que hablar contigo». Y le digo: «¿qué pasa?». Me dice: «estoy muerto, estoy mal, discúlpame»; «¿sabés lo que pasa? —le dije—, a los agravios públicos, disculpas públicas, no privadas»... De nada sirve si no.

Pasó un año, y el loco sale en una radio pidiendo disculpas, diciendo que en mi lugar hubiera reaccionado de la misma manera. Ahí sí hablé con él. Ahí cerré capítulo. Ahí ameritaba cerrarlo. Se equivocó, estuvo mal, y ahí lo cerré. De vez en cuando me lo cruzo y no tengo ningún problema. A veces mucha gente dice cosas que o no tiene realmente el coraje para decirlas o no evalúa las consecuencias que pueden tener, y por eso las dice.

Luis Lacalle Pou transitaba los primeros meses de la campaña; lejos estaba aún de acceder a la presidencia de la República, y en Abran cancha, en su Charlemos de vos, ante la pregunta «¿soñás con el primero de marzo de 2020?», develó su sueño:

No. Sueño con el primero de marzo de 2025, el último día de gobierno, que es cuando uno tiene que comprobar si hizo las cosas bien.

Luis

En la actividad política, la vorágine no te permite tener ratos de paz, de introspección, de escuchar a los seres queridos y hablar de los seres queridos. *Abran cancha* fue eso, un oasis para recargar las pilas, las energías y para afirmar lo que uno es y lo que uno siente.



Carolina Cosse



Entrevista realizada el 3 de diciembre de 2017

Nació el 25 de diciembre de 1961 en Montevideo. Es hija de Villanueva y Zulma. Es mamá de Rodrigo y Ángeles. Con 14 años leía a Tolstói; con 17 empezó a dar clases en la cocina de su casa y en ese momento entendió «lo que es el miedo a tirarse al agua».

La ingeniería es su profesión; las matemáticas, su pasión. De larga trayectoria en el ámbito privado, siguió su vocación política. En su currículum destacan las líneas que la señalan como presidenta de Antel, ministra de Industria, Energía y Minería, y senadora de la República.

«Aprendí lo valiente que hay que ser para razonar»

Carolina nació un 25 de diciembre, el día de Navidad. Para los regalos fue pésimo negocio. Su mamá se las ingeniaba para celebrar su cumpleaños antes de que terminaran las clases, sobre todo cuando era muy pequeña.

Viviste tu infancia en el límite de Villa Española y la Curva de Maroñas, ¿cómo era eso?

Iba a la escuela de tarde y en cuanto llegaba hacía los deberes. Después me dejaban salir a jugar. Tuve una infancia muy feliz. Recuerdo andar en bicicleta con una enorme barra de amigos del barrio, en verano sobre todo. Dejar todo en la cancha en esa bicicleta, corriendo carreras. Me gustaba mucho andar en bicicleta. Se vivía el barrio intensamente.

Es hija del reconocido actor Villanueva Cosse, pero en el barrio era hija de la profesora. Por la profesión de su madre, a ella le decían «vos vas a ser profesora».

Mis padres me educaron para elegir lo que quisiera, fui muy afortunada. En el liceo me gustaba de todo. Tuve una charla con mi mamá y me dijo: «tenés que hacer una carrera universitaria», así nomás. Fue cómica la charla, porque yo le planteaba distintas opciones. Era muy chica, después tuve tiempo de elegir. Mis padres se preocupaban muchísimo y protegían mucho que yo estudiara.

Estudió francés y aprendió a tocar la guitarra en un conservatorio. En su casa, un hogar de clase media baja, tenía un fuerte estímulo de estudio.

Mi mamá trabajaba en cinco liceos al mismo tiempo. En mi casa había una mística del estudiar. Mi abuela era una mujer muy valiente, una mujer del campo. El imperativo en su infancia, primera mitad del siglo xx, era que las niñas tenían que acompañar a la madre, por lo cual hizo escuela solo hasta tercero. Eso para mi abuela era una vergüenza. Mi abuela no dejaba que volara una mosca cuando yo estudiaba y hacía los deberes. Ella tenía la firme intuición de que había que estudiar.

En la adolescencia se enganchó con la lectura. En verano le tocaba estar mucho tiempo en su casa. Un día sintió curiosidad y empezó a revisar la biblioteca.

Allí descubriste a Tolstói, un autor que te marcó.

Encontré un libro, de los cuatro tomos saqué uno. Empecé a leer, me enganché. Había agarrado un tomo cualquiera, después empecé por el primero. Los disfruté mucho, y a partir

de ahí seguí. Me vino como una voracidad y empecé a leer desde *Cien años de soledad* hasta Vargas Llosa. Y había libros de ciencia ficción en mi casa, Ray Bradbury y muchos otros.

En la escuela y en el liceo fue una alumna destacada. Con un padre actor y una madre que enseñaba historia, tomó gusto por el arte y la música.

¿Y la elección de ingeniería?

Mi gusto por las matemáticas empezó a los siete años, gracias a una maestra. Una crack. Yo la veía con los compases de madera para dibujar con tiza, con un bollón lleno de bolitas y otro lleno de agua para enseñarnos el Principio de Arquímedes. Me anoté en Arquitectura para hacer sexto y me di cuenta de que había una sola Matemática, mientras que en Ingeniería había tres. Llamé desesperada a la dirección para que me cambiaran.

A los 17 años optó por una formación en ingeniería y empezó a dar clases en la cocina de su casa, una experiencia de la que aprendió muchísimo.

Aprendí lo valiente que hay que ser para razonar. Aprendí lo que es el miedo a tirarse al agua. Porque a veces tenía alumnos que en realidad tenían miedo de andar solos. Aprendí eso. Después lo vi a lo largo de la vida. Por eso insisto tanto con abatir el miedo. Hay mucho prejuicio que no sabemos. Hay gente que necesita que le des una receta para hacer las cosas porque tiene miedo.

Al entrar al mundo de las matemáticas supo «reconocer algunos miedos» propios. Los enfrentó, los encaró con «la realidad y con amor», y los superó.

El compromiso político

Le tocó vivir la adolescencia en dictadura; eso le permite destacar «lo maravilloso que es tener una democracia».

Estábamos en dictadura y hubo una apertura democrática en Argentina en el 83. Yo viajaba mucho a Argentina porque mi papá estaba allá. Me acuerdo de que fui, volví, y mis compañeros me preguntaron: «¿qué se siente?». Me marcó muchísimo, a todos nos marcó. Incluso en algunas cosas no sabés cómo te marca, pero lo llevás dentro.

Cuando uno pasa cosas dolorosas —y es un problema de varias generaciones— no está todo el tiempo contándoles a los hijos lo que vivió, porque uno quiere superarlo. Uno piensa lo que fue la dictadura y se imagina titulares, se imagina cosas horribles que pasaron, de violación a los derechos humanos. Pero hubo una cantidad de cosas de la vida cotidiana que es difícil transmitir.

Yo temblaba cada año por el profesor de matemáticas que me iba a tocar. Era muy probable que me tocara uno que no supiera nada y eso era una maldición. Y me tocaba uno que no sabía nada porque habían echado a gran cantidad, porque si había alguien que opinaba distinto lo volaban. En quinto año me tocó un profesor de química que no sabía nada y con una amiga nos juntábamos dos veces por semana a estudiar. El profesor de dibujo, en vez de enseñarte perspectiva y técnicas para las sombras, te ponía una ramita de modelo. Esas cosas cotidianas yo no las quiero nunca más para mi gente.

Vivir la dictadura te llevó a la militancia en cuanto tuviste oportunidad.

En la FEUU, que en ese momento era la AFEP, porque estaba prohibida la FEUU, conocí cómo era eso de discutir. Primero,

con muy bajo perfil. Yo no llegué a vivir la clandestinidad, pero las asambleas tenían muy poca gente en el local de Adeom. La AFEF era una forma jurídica que se había encontrado para que nos permitieran reunirnos; eso existió gracias a la clandestinidad de mucha gente.

En su hogar había conversaciones políticas. Su abuelo era comunista en plena Guerra Fría; Villanueva, su padre, de origen blanco. Luego cambió al Frente Amplio.

Casi todos los hogares en ese momento tenían un preso político o alguien en el exilio. Casi todos los hogares estaban muy marcados. Yo tenía claro que había que luchar por la libertad. Llegué a facultad y cuando tuve la oportunidad de participar, participé.

Carolina no sufrió la separación de sus padres, ni siquiera lo piensa como un momento de conflicto personal en su vida, y guarda el recuerdo del pollo a la Maryland, el té del Oro del Rhin y el chocolate que corría sobre las tortas.

Eran muy cra los dos. Durante muchos domingos, mis padres salían estando separados. Salíamos juntos los tres gracias a la altura de mi mamá. Estaban divorciados y salían conmigo. Iba al cine con los dos, me llevaban a comer los dos.

La gestión de Antel, un mojón

Carolina Cosse desempeñó una muy buena carrera en el ámbito privado. En 2008 tuvo su primera oportunidad en la gestión pública. Ese año asumió como directora de la División Tecnología de la Información de la Intendencia de Montevideo. La convocó el químico Julio Battistoni.

Me plantea un caso, un problema técnico de la Intendencia. Me consulta sobre cómo resolverlo y le pido una serie de materiales, le hago unas preguntas. Seguimos hablando, nos reunimos para charlar y me propuso tomar la responsabilidad.

Tuvo militancia política después de la militancia gremial. Fue miembro de la Juventud Comunista y del Partido Comunista. Se fue en la gran escisión de los años 80.

Hubo un momento de desazón ideológica y fue un golpe para todos nosotros. Desazón, decepción, pero no con el partido. Había una confusión ahí. Cada cual la recorrió a su manera. Después empecé a conocer al Pepe Mujica, como todos. Siempre fui frentista. Desde niña me sentía frentista. Empecé a ver y escuchar al Pepe Mujica y me cautivó.

José Mujica te designó como presidenta de Antel en mayo de 2010. Tomar las riendas de la empresa de telecomunicaciones fue un sueño.

Fue una responsabilidad muy grande, porque tenía que hacerlo bien. Me sentí dichosa de trabajar en Antel. Armé un equipo muy grande. Creo que cambiamos el modelo de negocio de la empresa.

¿Qué pensás de los comentarios vinculados a que utilizaste ese cargo «como palanca para la carrera política»?

Me duele por todo lo que trabajé en Antel. Por todas las horas que dejé. Hay muchas horas de trabajo atrás como para que el fin fuera promover una carrera política. No me parece bien que alguien diga eso porque mucha gente trabajó conmigo y tomamos decisiones muy jugadas. No me parece bien que se desmerezca el trabajo de toda la gente con la que trabajé.

Entre los objetivos que alcanzó al frente de Antel, destacó la red de fibra óptica en el país, la conectividad, la competitividad de la empresa y la obra del Antel Arena.

Es parte de la misma orquestación de herramientas para el avance de Antel y de Uruguay. La obra del Antel Arena va a mejorar la calidad de vida. Va a dar trabajo y va a potenciar nuevos servicios, de la industria del software y audiovisual. Estamos complementando la marca país, mostramos a Uruguay como puerto tecnológico. En tecnología Uruguay tiene una posición destacadísima en el mundo. Y todavía se puede consolidar y fortalecer más el área de investigación científica.

¿Cómo refutás las críticas por gastos desmesurados en Antel?

Antel nunca tuvo gastos desmesurados. Si mirás el rubro Gastos sin saber de qué está compuesto, lleva a confusión. Al final del día, Antel ganó en posición de mercado.

Tabaré Vázquez te confió un cargo en su gabinete. En 2015 entraste a la cabeza del Ministerio de Industria, Energía y Minería.

Cuando el presidente Vázquez me hizo el honor de convocarme y tuvimos una charla sobre los desafíos de Industria y Energía, quedé recontra entusiasmada. El futuro que imaginamos, en el exterior ya es el pasado. Los desafíos están instalados en el mundo. Hay enormes desafíos y creo que hay una oportunidad en cómo se están formando los jóvenes, en la inclusión digital.

El Frente Amplio tiene que trabajar mucho, profundizar en los cambios del mundo, en su compromiso ideológico, discutir mucho, fomentar la participación, escuchar a los

jóvenes, darles un lugar en las decisiones. Eso es lo que hay que trabajar desde el punto de vista político. Me parece que eso es lo más importante y, en mi caso, cumplir con mi rol.

Villanueva Cosse, el padre de Carolina, aún la llama con los apodos de la infancia, pero sabe claramente cómo ha crecido:

El orgullo que siento por tu participación en los últimos años en la gestión del Frente Amplio me permitió verificar qué es eso de poder unir los propósitos con las verdades. Constatar cómo se puede pasar de la aspiración de lograr mejoras en la vida de la gente a consolidarlas en derechos adquiridos.

Carolina

Lo primero es agradecerles la amabilidad, el cuidado y el profesionalismo con que me hicieron la entrevista. Por las sorpresas que me dieron, no sé si lo merezco, lo agradezco profundamente. También quiero decirles que al escucharla estoy de acuerdo conmigo misma. Recuerdo ese 2017 en el que era ministra del gobierno de Tabaré Vázquez, hablando de Antel y de su importancia estratégica, lo que dije lo sigo pensando. Cuando uno quiere cambiar la realidad, además de conocerla, tiene que quererla. Tiene que llevar en el alma el ánimo de los cambios colectivos y hacer honor al pensamiento artiguista.

